

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

AUTÓMATA CELESTE.

LA ESTERA MOVIBLE.

ESTE es un instrumento astronómico que representa el movimiento de los cielos y de los planetas. Se atribuye á Arquímedes la invención de esta máquina. Ciceron en sus *Tusculanos*, lib. I.º, dice que aquel ingenioso matemático inventó una es-

fera que manifestaba los movimientos de la Luna, del Sol y de los cinco planetas que en aquel tiempo se conocian. Claudio nos da en estos versos la única descripción que tenemos de ella:

*Jupiter in parvo cum cerneret æthera vitro,
Risit, et ad superos talia dicta dedit.—
Hucine mortalis progressa potentia curæ?
Jam meus in fragili lûditur orbe labor,
Jura poli, rerumque, fidem, legesque Deorum;
Ecce Syracusius transtulit arte senex,
Inclusus variis famulatur spiritus astris,
Et vivum certis motibus urget opus... &c.*

Esta es la traducción que, aunque no con la elegancia del original, me parece mas clara:

Su frágil máquina vió
Júpiter desde el Olimpo,
Y mirando atentamente
El ingenioso artificio,
Se echó á reír, y á los dioses
De esta manera les dijo: —
Un viejo siracusano,

Tan sabio como atrevido,
Ha procurado imitar
En el diáfano vidrio
Estas obras que mis manos
Sacaron del hondo abismo.
Arquímedes ha copiado
Las leyes con que yo rijo
El Universo y su orden
Inmutable y mis designios.
A la vez mil astros giran
Por un poder conducidos,

Que está encerrado en el seno
 De este gracioso edificio,
 Reglando sus movimientos,
 Sosteniendo su artificio.
 En este mundo aparente,
 Formado de ejes pulidos,
 Veo al Sol que da la vuelta
 En un año á su camino,
 Y á la Luna que en un mes
 Su período ha concluido.
 Este mortal, embriagado
 Del ardor que yo le inspiro,
 Ve con placer á los astros
 A su imperio sometidos.

Por esta descripción parece que los cuerpos celestes tenían movimiento en dicha esfera, y que este movimiento era causado por *un poder ó espíritu* encerrado en ella, quiero decir, por algún licor, algún vapor sutil, algún peso ó algún resorte: no se sabe ciertamente cuál era el motor de esta máquina. Lo seguro es que tal invento debió ser entonces muy sorprendente, por cuanto el arte de pulir y de trabajar las piezas, que debían entrar en la composición de aquel autómatas, aun no era conocido en aquellos tiempos, y este arte era indispensable para la exactitud y precisión del artificio. Quizas esto no fué mas que una ingeniosa idea de Arquímedes, que nunca tuvo efecto. Yo estoy por esto; y lo que mas me afirma en tal opinion, es que este gran hombre no hace mencion de ella en ninguna de sus obras. Arquímedes pudo hablar de su esfera, pudo haber dado el plan, y hallando este pensamiento tan excelente, lo pudo transmitir á

la posteridad como una cosa ya ejecutada. Además, sus discípulos llevados del entusiasmo merecido á aquel famoso matemático, pudieron haber exaltado su celo hasta afirmar esta oficiosa mentira.

Podemos citar un hecho casi semejante al anterior. Nadie ignora la opinion de Descartes acerca de los brutos: pretendia este filósofo que estos no eran mas que unas máquinas. Para demostrar esta opinion uno de los discípulos de aquel docto personaje, dijo que Descartes habia hecho una bestia artificial, segun la idea que concibió de la bestia natural, la cual, dicen, que entregó encerrada en una caja á un capitán de un buque. Éste, curioso por saber lo que contenia su encargo, la abrió, y quedó asustado al ver un cuadrúpedo de madera que se movia por sí solo, y atribuyendo lo que veia á una causa sobrenatural, arrojó al mar la máquina hechizada. Yo he leído esta fábula en un libro, de cuyo título no me acuerdo, el cual contiene muchas anécdotas literarias. Si este libro cae en las manos de algún poeta, podrá sacar de él el sugeto de una bella descripción, y tomando fuego de su imaginación, manifestar á la posteridad el arte sublime de construir tan admirables autómatas. En fin, sea lo que fuere sobre este particular, lo cierto es que se han pasado muchos siglos antes que se pusiese en ejecución el plan de la esfera de Arquímedes, que al fin fué construida, segun nos asegura cierto autor. Este es el detalle de aquella preciosa máquina.

Tenia 18 pulgadas de diámetro, con 5 pies y 4 pulgadas de altura, y estaba movida por un péndulo en lo alto de ella. En medio estaba el Sol, representado por una bola dorada, y los demas planetas en sus órbitas particulares y segun su órden. El péndulo daba movimiento á todos los planetas, caminando en la esfera, segun el órden de los signos, al rededor del Sol, centro comun de sus movimientos. La Tierra daba lá vuelta sobre su eje en 24 horas, y en el zodíaco, segun el órden de los signos, en 365 dias, 6 horas y 49 minutos. Al rededor de ella estaba un pequeño círculo, que representaba la eclíptica, con el objeto de que se pudiese juzgar en qué signo se hallaba cualquier planeta, y si su declinacion era setentrional ó meridional. Este círculo servia tambien para conocer las direcciones, estacio-

nes y retrogradaciones. Habia tambien otros dos círculos mas pequeños al rededor de la Tierra, el uno que representaba el horizonte y el otro el meridiano. En la órbita de la Luna habia una aguja opuesta al Sol, destinada para señalar los tiempos de los novilunios y plenilunios; y otra aguja, colocada debajo de aquel satélite, para señalar su latitud. En el cuadrante de esta aguja estaban grabados los nodos, llamados comunmente *caput et cauda draconis*; la cabeza y la cola del dragon, por medio de los cuales se venia en conocimiento de los eclipses de ámbos luminares. El que tenga algunos conocimientos de Astronomía, no necesita tener á la vista esta máquina para concebirla suficientemente.

D. G. ROBLES.

LA POMPA.

Pompa de vivos colores,
 Vénus de espuma formada,
 Que parece elevada
 La Diosa con los Amores.
 Pompa que con leve giro
 Vas y vienes vagarosa,
 Teniendo tu faz hermosa
 La duracion de un suspiro.
 Pompa pura y cristalina,
 Imágen de la virtud,
 Que con tímida inquietud
 Por este suelo camina.

Tú, que aliento de un jardín
 Columpia, besa y perfuma,
 Cual si fueras áurea pluma
 Del ala de un serafin.
 Tú, que eres cándida nave
 Que en desplegando tus velas
 De colores, ráuda vuelas
 Como misteriosa ave.
 Tú, que eres faro luciente
 De ventura precursor,
 Matizada y bella flor
 Y aureola refulgente;

De mi sincero cariño
 Oye, afectuosa, el canto;
 Ya que es tu mayor encanto
 Que tu Dios ha sido un niño.
 Sí, tú fuiste producida
 Por tierno niño jugando,
 Alma fué su soplo blando
 Que súbito te dió vida.
 ¡Cuán sublimes pensamientos
 Me despierta la inocencia
 Con tu mágica presencia,
 Que es conjunto de portentos!

Díme, pompa esplendorosa,
 La de vistosos cambiantes,

Bella rosa
 Que vives breves instantes
 En el aura cariñosa;

Ese matiz naranjado,
 Rojo, verde, purpurino
 Y violado

Que tiñe el arco divino,
 Ceja del cielo azulado;

¿Te le hurtó en felice día
 Para ostentarse tan bello?

Yo diría
 Que iris de tí era un destello
 Precursor de la alegría.

La aurora dulce y galana
 Con alborado vestido,

Que temprana
 Negro velo ha descornado,
 ¿Es tu hija ó es tu hermana?

Aquel jardín delicioso,
 Donde el Favonio suspira
 Amoroso,

¿En tu espejo no se mira
 Su imperio fresco y hojoso?

¿Quién pintó como las flores
 La mariposa esplendente?

Tus albores,

Cual redoma trasparente
 Con sus peces de colores.
 ¿Eres concha nacarada
 Que tersa perla atesora,
 Ó admirada
 Rósea perla del aurora
 Que mi lepte ve aumentada?

¿Eres bandera de gloria,
 Descogida y ondeante,
 Que á la historia
 En cada color brillante

Ofreces una victoria?

¿Eres la nube preciosa
 De dó la voz del Criador,
 Imperiosa,

Tronando en caos sin color,
 Mandó á la luz ser radiosa?

¿Eres cuna perfumada
 Mecida por los amores,
 Dó cuitada,

Entre rozagantes flores,
 La inocencia es cobijada?

¿Eres la fatal manzana
 En dos partes dividida,

Que aun insana
 Tiene en su seno escondida
 La hija de Eva inhumana?

Nó, que eres prisma preciado
 De colores, de oro y plata,
 Bien hallado

Tesoro dó se retrata
 Cuanto en el mundo es amado.

Detente, pompa hechicera,
 No precipites tu vuelo,
 Que para habitar el Cielo
 Te hizo un niño rósea esfera.

Pues plugo en vano á la suerte
 Que á tu beldad está unida,
 Que dándote un soplo vida
 Otro soplo te dé muerte.

Tú, tan cándida y tan pura,
 Tornar á la inmensa nada!
 Nó, que tienes destinada
 Aurea corona en la altura.
 Por eso mi labio ardiente,
 Para hacer mi sér divino,
 Quisiera con amor fino
 Besar tu nitida frente.
 Mas, con ingrato desvío,
 Huyes de tu fiel cantor;
 Compadece mi dolor
 Cual sojuzgas mi albedrio.
 No á mi amor seas tirana;
 Solo leal colorin
 Llorá á la tarde el jazmin
 Que cantó por la mañana.

Sé, dulce pompa, la estrella
 De suspirada fortuna,
 Sé mí Sol y sé mi Luna;
 Mas.... nó: sé mi pompa bella.
 Porque el hondo porvenir,
 Lo presente y lo pasado,
 A los pies se han humillado
 De tu trono de zafir.
 Que eres el molde profundo
 Dó vació la Omnipotencia
 La materia y su alta ciencia
 Para hacer el vasto mundo.
 Por eso tu perfeccion
 Es de *Jehová* premiada,
 Pues te acaricia estrechada
 En su amante corazon.

JOSÉ MARIA DE LA TORRE.

El Cementerio en las Ruinas (1).

FRAGMENTO DE MI VIAJE POR ESTREMADURA.

*E*ra entre la luz y las tinieblas: era la hora en que los muertos abandonan sus sepulcros para pedir á los vivos estrecha cuenta de sus acciones durante el dia; en que el astro vivificador, escondiéndose en el ocaso, deja la tierra que abandona velada apénas por un opaco vapor, mas denso aún que el humo que envuelve á una ciudad populosa, y que la hace aparecer á lo léjos como un sarcófago: hora de la meditacion y del llanto, del crimen y de las orgías, en que el alma contemplativa eleva una mirada al cielo, y no hallando aquel color azul radiante que embelesa, busca en el

inmenso vacío alguna estrella que le sirva de faro. En que el justo se encamina hácia el templo á dirigir sus preces á la altura, y el vicioso á la bacanal para satisfacer sus deseos.—Era la hora tremenda del ser y del no ser, que nos recuerda la miserable condicion de cuanto existe. En esta hora en que el canto de las aves vaga en la inmensidad perdiéndose entre el viento, como una flor

(1) Estas ruinas se encuentran en la eminencia que domina la ciudad de Trujillo, y la escena que aquí se describe es tal como el autor de este artículo la esperimentó. Los naturales de aquel país dan al cementerio en las ruinas, el nombre de *el cementerio de la antigua villa*.

que quedó olvidada sobre una tumba; sin pensar en lo que hacía ni dónde me hallaba, iba penetrando por las ruinas de una ciudad que la mano del tiempo derribára.

Allí la planta del hombre marcha con dificultad, y su alma vaga de uno en otro pensamiento, procurando descubrir la historia de aquellas ruinas, tan olvidadas hoy, y los nombres de los seres que un tiempo las habitaron. Nada empero nos revela el pensamiento, ni mucho ménos podemos formar cálculos, por los vestigios que se encuentran, de quienes fueron los moradores de tantos palacios destruidos y de tantas torres destrozadas. La mano poderosa de Dios es la sola que al través de siglos y de generaciones enteras, como aquello que se descubre por un prisma, ha podido conservar paredes colosales de piedra, que pintorescas en su mismo estado de destrucción parecen amenazar al pueblo enano que bulle y vejeta debajo de ellas.

Allí el filósofo medita sobre la suerte de los imperios, y lee en el gran libro de la naturaleza el destino que espera á los suntuosos monumentos que con tanto orgullo se levantan escondiendo sus frentes entre las nubes. Porque, en suma, ¿qué poder reside en cuanto el mundo encierra, que no destruya el tiempo al sacudir sus alas? Nínive, Babilonia, Cartago, ¿qué fué de vuestro esplendor y poderío, qué se hizo vuestra arrogancia? El polvo se confundió con el polvo; vuestros héroes muertos, yacen sepultados debajo de vues-

tras ruinas; vuestra gloria pasó, y quizás hoy no habrá uno solo que al contemplaros vierta una lágrima de compasión!! Pasó vuestra dicha, y el olvido cubrió vuestras caducas frentes; los que hoy habitamos pasaremos también y nadie se acordará de nuestros nombres, nadie se acordará de que hubo un tiempo en que cual tristes peregrinos cruzamos este valle de dolores. Allí donde á cada momento cree uno escuchar la voz de algun mortal, donde anhela hallar quien le diga á lo ménos «hubo hombres,» solo se encuentra la mansion de los muertos. «¡Horror!» exclamé arrebatado con el espanto. «Paz, descanso eterno á vuestras almas,» dije repuesto, llevado de un sentimiento religioso. Parece una bafa, una parodia, aquel cementerio moderno, colocado sobre las ruinas de la ciudad antigua: la poderosa verdad se ostenta allí desnuda de atractivos, grave y terrible á un mismo tiempo, presentando á la vista del que ha osado turbar aquel silencio cuál es la suerte que le espera, y en qué se convierte su vanidad. «Hé ahí el mundo, exclamé; todo viene á parar, tarde ó temprano, á la misma nada de que salió!» Abismado en mis pensamientos creia ver aún los dueños de aquella ciudad que me gritaban «¡impío, no profanes esta morada con tu planta; no turbes el reposo de los que duermen el eterno sueño!» y un terror pánico se apoderó de mí, y me dejó inmóvil como una estatua.

Cuando volví de mi estupor, era ya bien entrada la noche: la her-

mosa Luna brillaba pura, en medio
de una atmósfera despejada, ilumina-
ndo las humildes losas de los sepul-
cros; el viento soplabla dulcemen-
te agitando la yerba naciente sobre
las piedras; y yo, dolorida el alma

por los tristes pensamientos en que
vagaba, derramé una lágrima, y par-
tí de aquella mansion de paz!!

Trujillo: Junio de 1838.

MANUEL CAÑETE.

TUS MIRADAS.

A. C.

Son tus miradas puras, celestiales;
Lucientes como el Sol de mediodía,
Que han robado la paz al alma mía,
Y han llenado mi pecho de inquietud.
Volcan abrasador arde en mis venas....
Volcan que me consume y me devora;
Y paso aquesta vida, sin un hora
De risueña ventura.... de quietud.

Cuando fijas en mí tus bellos ojos,
Cuando escucho tu cántico divino,
Entonces, reconozco mi destino,
Y siento ¡oh Dios! mi corazón latir.
Late, sí, de temor, que con fiereza
Soy destinado á padecer desdenes,
Y veo girar en torno de mis sienes
Fantasmas, que atormentan mi vivir.

Cuando miro flotar en blondos rizos,
Al resoplar del vendaval furioso,
Sobre tu espalda tu cabello hermoso,
Me pareces el ángel del amor.
Y esclamo entonces con delirio insano
¡Virgen divina, que en el mundo adoro,
Enjuga, enjuga mi abrasante lloro....
Alivia, alivia mi fatal dolor!

Estático te miro y delirante;
 Tú me miras también; mas ¡ay! que luego
 Huyo tu vista, porque siento un fuego
 Mi triste corazón atormentar.
 Es el fuego de amor, que han encerrado
 Tus lindos ojos en mi pecho ardiente,
 Y no me atrevo á levantar mi frente,
 Y en los tuyos mis ojos reflejar.

Apíadate de mí: vuelve tus ojos
 Brillantes, puros, como el mismo cielo,
 Y con una mirada de consuelo
 Mitiga mis desdichas.... mi dolor.

Si no te duele mi penar continuo,
 Que grabado lo ves en mi semblante,
 Una tumba prepara en el instante....
 La tumba de tu amante trovador.

JUAN N. JUSTINIANO.

D. MARTIN DE FREYTAS.

Novela histórica.

(Continuacion.)

Al cabo de una hora le vi llegar de Doña Sancha su esposa?
 con todos los caballeros portugueses Y todos respondieron:
 y catalanes que pudo reunir; todos —Reconocemos en el niño, que
 eran notables ciudadanos y señores nos presentais vos D. Luis de la
 de la alta nobleza; y no bien D. Luis Trueba, la persona de D. Sancho II;
 estuvo en mi presencia, cuando vol- porque hemos asistido á su bautis-
 viéndose á los nobles y presentán- mo, le hemos visto y conocido casi
 doles el infante que en sus brazos todos los días que han trascurrido
 conducia, desde aquella época, y declaramos,
 —Señores, exclamó; reconocéis en como cosa cierta, que éste y no otro
 este niño al infante D. Sancho, hi- es el infante D. Sancho.
 jo de D. Alfonso II de Portugal y Entónces me le presentó, pero yo

no quise recibirle sin que se le desnudase en presencia de todos, á fin de cerciorarme de su completa salud y bienestar, respecto á las partes corporales, á fin de que pudiesen verle los que presentes estaban; pero como el infante tosiera tres ó cuatro veces durante aquella operacion, no tuve dificultad en consignar en mi recibo, que me le habian entregado resfriado: despues estampé mi sello al lado de mi firma, cerré el recibo y le puse en poder de D. Luis de la Trueba; en seguida tomé en mis brazos al infante, y conduciéndole fuera de la ciudad, seguido de mas de seis mil personas que me acompañaron hasta el puerto, subí al navío, le puse en los brazos de su nodriza, la cual no debia perder de vista á las seis personas de que cuidaba Doña Ines, y todas lo firmaron, bendiciendo al mismo tiempo al heredero de la corona.

En aquel momento llegó á bordo un ugiere de su alteza el rey de Sicilia, que conducia de parte de su amo dos vestidos de tisú de oro con destino al infante, y en seguida nos dimos á la vela: era el primer dia del mes de Abril del año de gracia 1218.

Llegué á Trapani, donde recibí cartas que me daban aviso sobre cuatro galeras armadas que cruzaban aquellas aguas, montadas por sarracenos de Africa, espiando las naves portuguesas, catalanas y genovesas, que en gran número cruzaban entre Cerdeña y Sicilia, y en su consecuencia reforcé mi navío, reuní los mejores armamentos y el mayor nú-

mero de armados que me fué posible, y entré en alta mar, confiado en la bondad del Dios de los mortales, que vela sobre los reyes; y sin accidente alguno llegamos á la isla de S. Pedro.

En aquella primera travesía, ni el infante, ni ninguno de los que le acompañaban, padeció enfermedad de ninguna especie.

Permanecimos 27 dias en la isla, y habiéndose reunido á nosotros cuatro bastimentos catalanes y genoveses que llevaban nuestra misma direccion, proseguimós nuestro viaje un domingo por la mañana, despues de haber oido misa en tierra.

A los tres dias de camino fuimos asaltados por una terrible tempestad; subí al puente del barco y di las órdenes que me parecieron oportunas; despues recordé al piloto, que ademas de nosotros humildes pecadores, pensase en el real y precioso depósito que á su bordo llevaba; y el contramaestre respondió que haria cuanto estuviere de su parte para salvar al infante, despues cuidaria de nosotros, y últimamente se salvaria á sí mismo. Bajé en seguida á la cámara de las mujeres para ver el estado en que se hallaban, y todas estaban enfermas, unas atacadas del mareo, tendidas y en un estado cadavérico, y otras poseidas del terror daban gritos espantosos é imploraban la divina misericordia. Busqué á la nodriza, y la encontré recostada en una alfombra, con los ojos cerrados y en un completo estado de insensibilidad; habia abandonado al infante, que revolcándose

por el suelo daba agudos gritos; le tomé en mis brazos, busqué una persona á quien confiarle, pero como todas las mujeres, inclusa la esposa de D. Berenguel de la Sarria, estaban imposibilitadas de poderlo verificar, no tuve otro remedio que encargarme de él. La tempestad seguia, y en vez de aplacarse crecia con violencia; mandé, pues, á los hombres de la tripulacion, que no estaban ocupados, que se pusiesen á orar, permaneciendo yo con el infante en mis brazos resuelto á salvarme ó perecer con él; éste lloraba demasiado, y no pude ménos de creer que era el hambre mas bien que el mareo, la causa de aquellas lagrimas; me senté próximo al palo mayor, hice venir la cabra, puse sus ubres en los labios del niño, cesó de llorar y solo se ocupó en satisfacer su apetito.

La tempestad duró todo el dia y toda la noche; en aquel intervalo no abandoné un momento siquiera al hijo de mi soberano, manteniéndole en mis brazos cuando dormia y aproximándole á la cabra cuando percibia la menor incomodidad en sus movimientos. Dios permitió que no fuésemos atacados del mareo; apareció finalmente la aurora, el tiempo empezó á serenarse, lo que me causó un júbilo indecible, porque nuestro navío empezaba á hacer agua; y porque tres de los bastimentos que nos acompañaban habian sido sepultados en las ondas.

Desde entónces el viento nos favoreció, y 15 dias despues llegamos á Masia en Estremadura.

No bien pusimos el pié en tierra cuando noticié á la reina madre, que á la sazón se hallaba en Coimbra, mi feliz desembarco en Masia con la persona de su nieto, y que me pondria en marcha para salirle al encuentro así que el infante tomase algun descanso. El tiempo estaba algo lluvioso, mandé construir una litera, cubriéndola con un lienzo encerado para que no se calase con la lluvia; la forré de terciopelo carmesí; coloqué en ella un magnifico colchon; vestí al infante con uno de los vestidos bordados con que el rey de Sicilia le obsequió, y acompañado de su nodriza y sostenido por 20 hombres, emprendimos nuestro camino: al segundo dia, cuatro leguas ántes de llegar á Leria, encontramos á D. Raimundo de Sargardia, con 10 caballeros que nos eran enviados por las dos reinas, es decir, por la reina viuda de Portugal y por la de Mallorca su hija, y de esta suerte proseguimos nuestra ruta. Llegamos á la vista de Pombal, teniamos que atravesar una rambla, los mas notables de la villa salieron á recibirnos, y tomando las andas de manos de los que las llevaban, pasaron la rambla sin ninguna incomodidad de parte del infante, que solo lloró dos ó tres veces al dia durante nuestro viaje.

A las puertas de la ciudad de Coimbra, y delante del puente formado sobre el Mondego, encontramos como en Pombal, á los cónsules y prohombres de la villa acompañados de cuatro ugieres, los que habian salido á recibirnos y que re-

Levaron á los que conducian la litera, y entramos con grandes aclamaciones en la ciudad; nos dirigimos despues al castillo de la reina abuela del infante y de la de Mallorca su tia, y las dos colocadas en la mas alta torre, aguardaban nuestro arribo, y no bien vieron que nos aproximábamos al castillo, cuando bajaron á recibirme. Entónces, continuó el anciano, cuyos ojos se llenaban de lágrimas al recordar sus anteriores dichas, me arrodillé, besé las manos de las reinas é hice que el infante besase la de su abuela. Esta quiso tomarle en sus brazos, pero dando yo un paso atras lo evité diciendo: «Señora, salvo vuestra gracia y vuestra merced, os suplico que no lleveis á mal lo que hago; no esperéis que entregue en vuestro poder al infante mi Señor sin exigir un recibo en buena forma, y concebido en los mismos términos que el que estendí cuando me encargaron su conduccion; de otra suerte todo es inútil, no tocareis al niño aun cuando fueseis la misma Madre del Verbo Divino en persona.» La reina sonriéndose me dijo que era muy justo lo que yo exigia, y le pregunté si se hallaba entre los que presentes estaban algun teniente de rey, á lo que me contestó afirmativamente, haciendo al mismo tiempo que se presentase; en seguida requerí la presencia del bailío y cónsules de la ciudad de Coimbra.

—*Aquí están*, respondieron.

Pedí entónces un notario público, que no tardó en dejarse ver, puesto que todos los que ejercian

algun cargo ó empleo en la ciudad se hallaban presentes á la ceremonia, ademas de un considerable número de caballeros y personas notables; y cuando todos estuvieron presentes hice venir á la Sra. Doña Ines de Adri, á las dos nodrizas y á las seis mujeres que me habian acompañado, y les hice tres veces la siguiente pregunta:

«¿Reconoceis en el niño que tengo entre mis brazos al infante D. Sancho, hijo de D. Alfonso II rey de Portugal, y de Doña Sancha su legítima esposa?»

Todas respondieron que sí, de lo cual pedí testimonio al notario. Despues de esto pregunté á la reina abuela:

«¿Creeis, Señora, que el niño que tengo entre mis brazos es el infante D. Sancho, hijo de D. Alfonso II rey de Portugal?»

Tres veces le hice esta demanda y otras tantas me contestó: «Sí», de cuya palabra pedí tambien un segundo testimonio; en seguida continué:

«Señora, en nombre vuestro, en nombre del rey D. Alfonso y en el de Doña Sancha, declaradme aquí en presencia de estos señores, como buen caballero y leal vasallo, y consideradme exento del depósito que se me confió y de la comision que lealmente acabo de evacuar.»

La reina me respondió:

—Dios sabe que no creo exista un caballero, no digo en Portugal, pero ni en Castilla, ni en toda España, ni en cuanto alumbró el Sol, mas cumplido y leal que D. Martin de Freytas.

Volvíme entónces á los concurrentes, y les pregunté si habian escuchado las palabras de la reina, y si tendrian dificultad en prestar de ello juramento en caso necesario. Quedaron conformes; y yo exento de mi responsabilidad, y evacuada mi comision, deposité en brazos de la reina abuela la persona del infante su nieto: despues de lo cual, y á consecuencia de la órden del rey D. Alfonso, reuni doscientos infantes y cincuenta caballos mantenidos y equipados, no con el oro del rey de Mallorca, sino con el producto de mis tierras, y sin perder tiempo marché á Palestina á reunirme con su alteza.

Ya sabeis, prosiguió el anciano, la causa de mi exagerado amor hácia el rey D. Sancho; me ha causado tantas penas y hecho experimentar tantos trabajos, que no puedo ménos que amarle como á hijo, aun cuando él no me haya jamás mirado como padre.—

No bien habia concluido estas palabras, cuando la puerta de la cuadra se abrió, apareciendo en su dintel un heraldo; venia cubierto de polvo, y era el mismo que habia tocado su bocina á la puerta del castillo, cuando se hallaba D. Martin de Freytas en la mitad de su narracion. No bien se presentó, cuando el anciano caballero se puso en pié é hizo seña para que se aproximase; pero el mensajero permaneci6 inmóvil en la puerta y haciendo seña para que todos guardasen silencio, exclamó:

—Vos, D. Martin de Freytas, go-

bernador del castillo de la Horta, y vosotros todos caballeros, escuderos y ciudadanos, escuchad:

«Habiendo sido declarado indigno de la corona que deshonraba el rey D. Sancho II, ha dispuesto el Señor por conducto de los nobles confederados, que sea depuesto cual merece y ocupe en su lugar el trono su hermano D. Alfonso III.»

«En su consecuencia, los nobles confederados me envian á vos, D. Martin de Freytas, y á todos los gobernadores de todos los castillos, plazas y fortalezas para eximiros del juramento de fidelidad que prestasteis en manos de D. Sancho II en otro tiempo rey de Portugal.»

—Caballero, contestó el de Freytas, atañe á otros, no á mí, la exencion del juramento que me dispensais en nombre de la confederacion, y os digo le contesteis que solo en manos de D. Sancho, á quien siempre reconoceré por mi soberano, entregará D. Martin de Freytas las llaves del castillo de la Horta.

El heraldo prosiguió su camino; D. Martin sali6 tras él, mand6 cerrar las puertas, y doblar las centinelas.

(Se continuará.)



Novelita original de Achille Gallet,

TRADUCIDA POR D. J. MONTADAS (1).

(Continuacion.)

III.—El Dr. P..

—El caballero P.? preguntaba yo al portero de un magnífico palacio.

—En la primera sala, encima del entresuelo, á mano derecha.

Llegué, pues, y saludándome cortesmente, me hizo entrar en su gabinete. Era un hombre de 40 á 45 años de edad, condecorado con la cinta de la legion de honor, el cual me pareció al pronto una persona cócora é impertinente.

—¿Qué me mandais?, dijo sin dignarse decirme que tomase asiento.

—Caballero, se trata de Mis Clara Osborn.

Este nombre produjo un efecto mágico en el rostro del grave doctor.

—Comprendo..., dijo con voz balbuciente, y pálido como la cera; deseais adquirir algunas noticias acerca de esta Señorita.... Y qué, ¿no sabeis que está loca, completamente loca; que este frenesí ha sido judicialmente probado, y jurado además por sabios médicos?.... que yo mismo....

—Sé, caballero, que se ha sorprendido la conciencia de los magistrados y comprado vilmente la vuestra.... Conozco todo el enlace de este horroroso drama; pero, creedme, es

imposible equivocarnos; Mis Clara es una víctima injusta y.... vos lo sabeis.

—Os juro....

—No jureis, caballero; repito que he visto á Mis Clara, que le he hablado.... que no está loca!....

—Pero, Señor!

—Caballero, si despues de oirme creeis que he sido calumniador, estoy dispuesto á ofrecer os la satisfaccion que gustéis.

Esto acabó de ponerle seguramente mas consternado.

—Os prevengo, señor, que no aceptaré semejante invitacion; yo curo á los hombres, pero no los mato.

—Es decir que sois, lo que nunca hubiera creído, tan vil como infame; pero volvamos al objeto de mi visita.

—Hablad, señor, hablad, dijo el doctor, temblando de cólera.

—Escuchad. Se han encontrado dos hombres que, convencidos de que Mis Clara Osborn era víctima de la bajeza de dos malvados, se han reunido para salvarla. Yo soy uno; he elevado mis quejas á los magistrados; éstos me han comprendido, y mañana la causa de la inocencia

(1) Por causas independientes de nuestra voluntad, no ha podido tener lugar hasta hoy la continuacion de esta novela.

y de la desgracia, está citada á la vista en tribunal pleno, y por consiguiente entregados los perseguidores al oprobio é infamia que merecen.

—Y bien, ¿qué me importa eso?, dijo dando fuertes golpes en el sillón sobre que estaba sentado, ¿á qué fin son esas amenazas; decid, en una palabra, qué pretendéis de mí?

—Nada que no sea honorífico.

Saqué, pues, de mi cartera un escrito que le presenté, el cual recogió vivamente, pasándole por la vista y arrugándole en seguida entre sus manos, exclamó:

—Jamás firmaré esto.... jamás declararé que Mis Clara no es loca... salid, caballero, salid de mi casa ú os haré arrojar de ella vergonzosamente.

—Os atreveriais! le respondí sacando dos pistolas y ofreciéndole una.

Mr. P. dejó caer su cabeza entre las manos, y despues de un corto silencio, levantó hácia mí sus ojos, en que brillaban la rabia y la desesperacion, y me dijo:

—Y bien, ¿qué es preciso hacer?

—Voy á dictaros, escribid: «Certifico que Mis Clara Evelina Osborn está hoy radicalmente curada de los síntomas de enagenacion mental, por cuya causa espedí certificacion, haciendo constar su locura.»—Ya veis que soy generoso.... pongo á cubierto vuestra bajeza.

—¿Esto es todo? dijo pasmado el doctor.

—Añadid: «Igualmente certifico que Mis Clara está actualmente en estado de disponer de su libertad y

de sus bienes sin tutela de ninguna clase.» Ahora firmad.

Dudó un momento, pero firmó; y al entregarme el escrito, díjome con una mirada terrible.

—Guardaos bien de volver á pisar mi casa!

IV. — *El tribunal.*

Un concurso inmenso ocupaba los vastos salones del palacio real. Jamás se habia visto reunion mas numerosa, ni mas brillante, invadir el sagrado recinto de la justicia, porque hacia ya cuatro dias que se discutian la esclavitud ó la libertad, la vida ó la muerte de Clara; y esta causa, fértil en incidentes dramáticos, en emociones diversas, despertaba hasta el mas alto grado el interés y la curiosidad pública. Penetremos, pues, en el recinto del tribunal, y veamos lo que pasaba allí el dia 4 de febrero de 1838. Lord Osborn acababa de presentarse. La osadía que aparentó este miserable en sus primeros interrogatorios parecia haberle abandonado enteramente: su rostro livido estaba como marcado con el sello de la fatalidad; sus ojos negros y encubiertos por las espesas cejas que los dominaban, lanzaban rayos; y sus facciones alteradas por la inquietud disimulaban la terrible ira que de él se apoderaba cuando sus ojos encontraban á los de su víctima, que, sentada frente de él y pálida como la muerte, conservaba sin embargo en su actitud toda la resignacion de la inocencia y la desgracia. Mi amigo Julio tambien estaba allí,

sentado en medio de un numeroso grupo de personas, contando con su natural aire de importancia lo que sabía de la triste historia de Clara. Tal era el cuadro en su primer término: en el segundo la concurrencia enternecida y en el mayor silencio, y los abogados de ámbas partes reuniendo todas sus fuerzas para el combate decisivo. El abogado de Mis Clara habló primero; su causa era justa y se aprovechó bien de esta poderosa circunstancia: su discurso fué ciertamente una obra maestra de elocuencia y de arrebató. Nunca ha hecho derramar tantas lágrimas ningún héroe de drama como arrancó del público enternecido el célebre abogado B..., improvisando, con todo el calor de la convicción, delante de tan respetable asamblea y de la jóven Clara, cuyas mudadas facciones eran por sí solas otros tantos incontestables argumentos. Cuando acabó, se creía imposible responder á cargos tan graves, tan precisos, y tan lógicamente probados. Pero la lucha era terrible; y si bien al defensor del acusado no le era dado en aquella ocasion el poderoso ascendiente de hacer derramar lágrimas y conmover fuertemente los corazones, tenía á su favor la autoridad del anterior juicio y las pruebas presentadas por un hombre competente, como lo era el doctor P... Preparó y manejó, pues, sus medios de defensa, como célebre orador que era, fundándose mas particularmente en las declaraciones del referido médico; aquí era, pues, donde debia decidirse la cuestion. Cuando Mr. B... se aseguró

de que su colega habia sacado todo el partido posible de sus fuerzas, hasta cambiar la idea de los magistrados, como hace un general que destruye de un golpe todas las combinaciones de sus enemigos, levantóse y pidió vénia para leer un documento interesantísimo: era la retractación de Mr. P... La lectura de este papel produjo el efecto de un rayo: fué general la indignacion, La cabeza de Lord Osborn, un poco elevada ya con la seguridad del triunfo, volvió á caer contra el pecho, y su defensor aterrado exclamó: «estamos vendidos, perdimos esta causa.»

Entónces preguntó el presidente si Mis Clara tenia alguna cosa que añadir á lo espuesto por su abogado.

—Sí señor, respondió.

Sucedieron momentos de silencio. Mis Clara se levantó, y con términos sencillos, pero espresivos, contó todo lo que habia padecido. Después elevando su frente con nobleza....

«Os han dicho que estaba loca, señores! Un digno jurista ha apurado, por decirlo así, todos los resortes imaginables, no hace un momento, frente de mí, para probar que debia haber perdido la razon.... ¡Y yo he escuchado todo esto con calma y sangre fria! Yo no he dicho á ese hombre que se erige hoy en juez é intérprete de mi verdugo: «Mentís, yo no estoy loca.» No, señores; he sufrido mucho, he llorado mucho para que me aterre la iniquidad en cualquier lugar donde la encuentre. Cuatro años de una eterna tortura me han dado la esperiencia de la

vida; y no porque las lágrimas hayan secado ya mis mejillas, no porque la desesperacion haya helado la sangre de mis venas y encanecido mis cabellos á los veinte años, es fuerza callar. Señores, la acusacion presentada otra vez contra mí es tan absurda, como infame; ni puede ya sorprender vuestras conciencias, ni engañar vuestra justicia. No soy, como pretenden haceros creer, una loca peligrosa en la sociedad, inútil en el mundo, sino una pobre flor marchitada indignamente, sin razon condenada, y que de vosotros reclama rehabilitacion y justicia.

Ciertos murmullos de compasion ocupaban á la asamblea: todos lloraban, y al dirigir mi vista hácia Julio, éste me decia, enjugando sus lágrimas: «¡Admirable!»

Despues de un corto interrogatorio del abogado general, el presidente declaró que las discusiones eran secretas, y en su consecuencia pasaron los jueces á la cámara de las deliberaciones.

—Amigo mio, dijo Clara apoyan-

do su brazo sobre el mio, ¿qué os parece que deba yo esperar?

—La libertad, respondí yo.

Aun no habia vuelto en sí el público de la viva emocion que le causaron las últimas palabras de Mis Clara, cuando los jueces entraron en la sala y el presidente habló así:

«En atencion á que está suficientemente probado que Mis Clara Evelina Osborn goza de toda su razon; á la declaracion de Mr. P., doctor en Medicina, dada en 30 de Enero último, que asegura esto de un modo terminante y positivo; á que Mis Clara es mayor de 25 años: la sala ordena que sea puesta en libertad completa, y que todos los bienes muebles y raices que hacen parte de la sucesion y herencia de su padre, le sean inmediatamente entregados.»

Y volviéndose hácia Lord Osborn, que estaba como petrificado: «andad, le dice; la ley os absuelve, pero el Cielo castiga á los parientes desnaturalizados.»—El público repetia con asombro estas últimas espresiones.

(Se concluirá en el núm. próximo.)

TEATRO PRINCIPAL.

Esta noche se pondrá en escena el drama histórico en cinco actos y en verso, original de D. J. L. Figueroa, titulado *Isabel de la Paz*. En el nú-

mero venidero darémos nuestro parecer acerca de la primera produccion de un jóven tan ventajosamente conocido en la republica de las letras.

INDICE. — Autómata celeste: la esfera movable. — La Pompa; *poesia*. — El Cementerio en las ruinas; *fragmento de mi viaje por Estrenadura*. — Tus miradas: *A. C.*; *poesia*. — D. Martin de Freytas; *novela histórica; continuacion*. — Novelita original de Achille Gallet; *continuacion*. — Teatro Principal.

CADIZ: IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. D. FEROS,

calle de S. Francisco, núm. 58.